

pues de la inmunización el sistema nervioso adquiere una facultad nueva: exaltar la sensibilidad de las células, es decir actuar en un sentido específico contra un antígeno dado.

Esta nueva facultad se conserva frecuentemente muy largo tiempo. Existe todavía meses y aún años después de haber desaparecido todos los anticuerpos. Y es por la memoria como puede explicarse el hecho de que la inmunidad, es decir la facultad de reaccionar enérgicamente a una excitación específica, se conserve muchísimo tiempo después que los anticuerpos han desaparecido.

Desde este punto de vista, la inmunidad presenta un problema, no solamente biológico y fisicoquímico, sino también psicológico.

En general, no tenemos bastante en cuenta el papel que juega el sistema nervioso, ni el de la acción psíquica en la vida del organismo. Y, sin embargo, es incontestable que el desfallecimiento de las fuerzas psíquicas es no solamente la consecuencia, sino también frecuentemente causa de diversas afecciones. Desde este punto de vista, es lamentable que el estudio del organismo esté tan atrasado. El papel de las fuerzas psíquicas y su influencia sobre la vida del cuerpo son muy grandes, incomparablemente más grandes de lo que se piensa. Todos los órganos: corazón, pulmones, intes-

tino, las glándulas de secreción interna están estrechamente ligadas al sistema nervioso. Y por ésto es por lo que el estado psíquico del paciente, en todas las enfermedades, tiene tanta importancia.

Sabiendo todo ésto, debemos comprender que, en la lucha contra las enfermedades, hacer labor de reacción psíquica es por eso tan necesario como el empleo de remedios.

Por la educación de la voluntad, por cierto entrenamiento, por la auto sugestión o por la sugestión de otro, se pueden obtener resultados importantes.

Hay necesidad de elaborar métodos especiales de educación, de ejercicios, que desarrollarían en el hombre el imperio de la voluntad sobre su propio cuerpo. Hay que liberar de algún modo el alma humana de la dependencia servil del cuerpo. El dueño y señor del organismo no debe ser el cuerpo, sino su «yo» espiritual, enriquecido de experiencias y de ciencia.

Desde este punto de vista, el adagio: «alma sana, en un cuerpo sano» sería más justamente parafraseado: «Un cuerpo no puede estar sano, sino con un alma sana.»

Tenemos numerosos ejemplos de individuos afectos de una enfermedad grave (tuberculosis, sífilis) que vivieron decenas de años, alcanzando una vejez avanzada gracias a una